

Siempre había pensado que la vida era una sucesión de metáforas, una simple alegoría sin mayor explicación; un líder ciego, guiando a un rebaño rebelde, almas errantes cruzando caminos inexpugnables o pequeñas agujas punzantes tricotando lana, urdiendo hilos y tejiendo telas, pero al parecer nada es así.

Siempre hay agujas defectuosas, más punzantes, que pretenden deshacer el telar que te acuna y te mece desde tu más temprano recuerdo hasta ese abrazo cálido que te propina la muerte.

La aguja más hiriente y afilada está clavada en mí, en nosotras, y esa aterradora aguja, a la que tanto tememos nombrar, es la sociedad, el machismo que habita en ella, que inunda las casas, por el que nos sentimos perseguidas noche tras noche, el que se disfraza de amor, el que marca y el que duele...

La desigualdad es la que nos ha hecho gritar, llorar y sufrir hasta puntos insospechados, colándose por rincones escondidos tras nuestra piel, la desigualdad es también por la que nos han censurado, debido a la cual se han cansado de escuchar nuestros gritos y lamentos, pero nosotras no nos hemos cansado de aullar, ni de seguir aquí. Eso es lo que nos diferencia de aquellos que viven sus vidas sin dar mayor gloria a esas heridas que provocan las agujas, diariamente nosotras sobrevivimos a esa llaga, a ese corte, y esto no es algo que celebrar, es solo un motivo más por el que seguir luchando, porque el machismo y la desigualdad aún nos acechan.